

**La Verdad como objeto de
la retórica en el pensamiento de los Sofistas y de Platón.**

Controversia presentada el día 26 de junio del 2002
Seminario: "El orden del discurso" dictado por la profesora Dra. Teresa Espar.
Oradora: Prof. Ondina Rodríguez Briceño.

*CORRESPONDÍAME A MI, CON TODA LA SIMPATÍA DE LA QUE ERA
CAPAZ, ENCONTRAR LAS PALABRAS APROPIADAS A LO QUE
REPRESENTABA.*

JOSEPH CONRAD

Exordio

Casi veinticinco siglos nos separan de las primeras propuestas y discusiones sobre la persuasión, y el valor actual de la retórica se mantiene en la mesa de discusión de la llamada neoretórica. Aquí trataré de **la verdad como objeto de la retórica** antigua en el pensamiento de los sofistas y en algunas ideas de Platón; asumo que la vigencia de este asunto se demuestra una vez tras otra, tanto en valores que sustentan algunos discursos orales y escritos, como por el lugar que ocupa en la historia de la retórica y del arte de la persuasión.

Se me ha invitado a participar en este ciclo de controversias que tiene por objeto la retórica y con placer expondré frente a ustedes los argumentos pertinentes a la retórica platónica -inscrita- en uno de los mejores proyectos de esa época, y que por ser uno de estos, para mis ojos el mejor, estos veinticinco siglos demuestran que no han sido vanos al pensar que de alguna u otra forma, el hombre, aunque no tenga las mas dignas experiencias, sigue inspirado en la comprensión del problema que aquel pensador del mundo clásico se habría propuesto formular como esencia misma del pensamiento filosófico. Sobre los tres pilares de una vida virtuosa, la mayor de las ideas: *entre la verdad, la belleza y la bondad, se encuentra el lugar que este filósofo pensó para el hombre libre.*

Considero que estamos en el terreno de **la justicia**, por una parte para hacer justa la presencia de Platón en el pensamiento Aristotélico y para comprender el fundamento de la crítica platónica a los sofistas; y por otra, porque trataremos de comprender cómo la idea lo bueno, lo bello y lo verdadero gira en torno a una idea de consecución social: el hombre libre¹.

Debemos preguntarnos ahora: ¿No ha sido pues la libertad el concepto más pensado y la más cobijada idea de nuestros proyectos de nación, de estado, de gobierno, de sujetos?, ¿y qué es la libertad sin la *verdad*, y sin la *justicia*?

Así como no creo que algún hombre pueda decir que por lo menos es libre de sí mismo, he llegado a pensar que la libertad no puede nacer de un sujeto atado a sus pasiones o al invento de sus razones, debe originarse en todo caso, de un sujeto emancipado. Este sujeto por lo menos, sólo pudo “pensarse” cuando la idea de un lugar para el hombre se convertía en el mejor de los monumentos de nuestra historia, en la antigüedad griega y en especial la Atenas del siglo V.

Para tratar sobre el asunto encomendado, me propongo primero exponer los hechos, luego presentarles los argumentos pertinentes y por último concluir, no sin antes haberme ganado algo más que su atención en este debate público; en el cual, debo confesar, no deja de preocuparme que quien me adversa hoy, tratando al Estagirita, pueda pasar por contrario de ideas al este fiel y digno seguidor de Platón. Dejaré así a su deliberación, los suficientes argumentos para demostrar que no hay debate posible si ese otro Aristóteles que han dibujado los más radicales empiristas, lleva a término lo que en principio ideó su maestro, sin lo cual, gran parte de su sistema y de su retórica, no adquieren el debido sentido.

Se puede pensar que todo menosprecio o bajo tratamiento que recibe la idea de retórica en Platón, reside en el simple hecho de que no se quiere pecar de idealismo. Pero hoy, queridos oyentes, ¿quién puede temer ser lo uno o lo otro cuando, por desdichado inicio, la verdad paso a ser algo de hombres? Que existe un menosprecio en la historia de la retórica con respecto a Platón tan amplio como el que existe para los sofistas es cierto, y esto explicaría los numerosos los trabajos que en la actualidad insisten en reivindicar tanto la actuación de los sofistas, como el lugar que ocupa Platón

¹ Una idea reciente sobre este asunto fue el proyecto de “fin de la historia” que, no resultó sino una metáfora desplazante de la realidad que vivimos. Esta idea nacida de las premoniciones hegelianas sobre un plan oculto de la historia que lleva al hombre a la libertad como fin último no es otra cosa que la transformación de una mirada eufórica de un futuro que en Hegel concluía idealmente con el logro más digno del hombre pero que aún no tenemos: la libertad.

en el pensamiento de Aristóteles. Creo que todo menosprecio a la *verdad*, devino de un escepticismo que se inició con esa mala retórica, la del engaño, del parecer, de las verosimilitudes. Y si también estamos cansados de tanto escepticismo, ¿no será una suerte de retorno lo que nos depara la historia, que nos hará recorrer de nuevo el mundo esta vez vestidos con trajes de idealistas?.

Pero a fin de cuentas, si hemos cambiado lo verdadero por lo verosímil, ¿no es acaso porque podemos reconocer que aquello verosímil parece verdadero y puede por tal razón creerse?, ¿y cómo es que parece verdadero si hemos desechado la verdad, si en supuesto, ni la pensamos, ni le damos existencia?, ¿o es que acaso también diremos que existe lo verosímil en virtud de la idea de verdad que cada uno de nosotros habrá de figurarse a sus propias apetencias?. Satisfechos los hombres con esta **verdad promiscua**, con develarle los ojos a la justicia, ha visto sus “falsas verdades” como aquello que ni parecen ni son.

Por otra parte me pregunto aún ¿cómo y con qué sentido hemos dado un lugar a la verdad en el mito, en la religión y luego en la razón y no se en cuantos lugares más, pensando que así era posible contemplarla, practicarla o pensarla?. Si todo esto hemos hecho los hombres, ¿qué diferencia existe en el hecho de que uno de nosotros haya pensado en la existencia de una “idea de verdad” aparte de todo lo demás (Platón) y otro haya pensado que consiste en “decir del ser que es y del no ser que no es” (Aristóteles). ¿Tiene alguna razón que sigamos cada uno instalado en una verdad “a la carta”?.... parece que no. ¿Es que acaso la elección por uno o por otro valor nos hace más hombre entre los hombres?, parece que sí. ¿Se trata aquí entonces de una verdad que parezca más verdad que otra?, y ¿qué valor puede sustentarse en el mero parecer?, de eso sin duda tratará de convencerles mi adversario.

Narratio

Expondré a ustedes los hechos tal como son narrados por la historia de la retórica y la filosofía, recordando las palabras de los hombres implicados en este asunto, registro del espacio de las primeras disputas sobre el arte de persuadir y de las ideas que hicieron de éste un arte posible. Imaginar este espacio no resultará tarea dura, porque sus monumentos entran en las maravillas del mundo, comprender sus ideas menos aún, porque tratan sobre la “verdad” y la “falsedad”, y no hay día en que cada uno de nosotros vea que la vida misma discurre atada -no sin placer- a esto que parece ser la mayor de las aporías del hombre.

Los sofistas llegaron a Atenas cuando los atenienses ya sabían sobre ellos. La fama en el dominio de la palabra, los conocimientos sobre la cultura y otras tantas cosas,

preparó el terreno idóneo para el recibimiento de estos hombres que, el mismo Platón, no dejó de narrar en el diálogo *Protágoras*.

Protágoras, pone en conmoción a toda la ciudad con su llegada. Calias, uno de los principales ciudadanos de Atenas, le recibe y obsequia en su casa, la cual se ve llena de huéspedes que acompañan al renombrado sofista. Rodéanle y síguenle a todas horas y por todas partes otros varios sofistas, y entre ellos Hipias de Elea y Prodicos de Ceos; no pocos extranjeros venidos con él o atraídos por la fama; multitud de ciudadanos, los más distinguidos de Atenas, entre los cuales se ven dos hijos de Pericles y el joven Alcibiades. «Detrás de ellos, añade Platón, *marchaba un tropel de gente, cuya mayor parte eran extranjeros que Protágoras lleva siempre consigo, y que, cual otro Orfeo, arrastra con el encanto de su voz a su paso por las ciudades. Al divisar aquella muchedumbre, experimenté especial placer, observando con qué discreción y respeto marchaba siempre hacia atrás: cuando Protágoras daba la vuelta en el paseo, veíase a éstos abrirse en ala con religioso silencio, esperando que hubiera pasado para seguir en pos de él.*» (Protágoras)

Sócrates vivió el momento de la llegada de los primeros sofistas. Como sabemos, en el tiempo de la Grecia de Sócrates, un sofista era un sabio en diversas técnicas, y enseñaba sus conocimientos a cambio de una remuneración. Se trataba por aquel entonces del dominio de la palabra y del discurso oral en todos sus aspectos, del hombre y de la pólis, de problemas filosóficos, del conocimiento, de la verdad y atravesando todos estos grandes debates, dos motivos dominantes “ aceptar el relativismo en los valores ” y “ creer que no existía en la vida humana algo que podía quedar al margen de una comprensión construida por una argumentación razonada ” (Vintró, 2001). Con la palabra y el discurso a su servicio los sofistas enseñaban, persuadían y convencían. Sería injusto si aquí ante este grupo quisiera yo desconocer por la causa que se me ha encomendado, que a éstos hombres debo yo mi profesión actual, que introdujeron una nueva visión de la educación con la incorporación del honorario en una relación ahora establecida entre maestro y discípulo. Este fue uno de los aspectos del origen de la retórica, vinculada en un inicio a la oratoria y al arte de la persuasión, al conocimiento de diversas artes y a la enseñanza.

Bien se le han reseñado como los primeros educadores innovadores de Occidente, como lo hace López Pérez (2001). Innovadores porque la formación del pensamiento y el lenguaje se dirigían en una perspectiva que apuntaba hacia el conocimiento. Pero Sócrates vio poco a poco cómo después de la llegada de estos hombres, los principios de la enseñanza entre otras cosas, fueron disueltos. Los *primeros ilustrados*, como los llamaría Hegel en su monumental *Historia del Espíritu*, estos *engañadores sin moral* —diría Sócrates— llegaron en el momento oportuno, en una Atenas que aspiraba al desarrollo de la Democracia y solicitaba la intervención de sus ciudadanos para la construcción de este nuevo orden. Pero no todos los esfuerzos de hombres como Pericles, por ejemplo, sirvieron y Atenas fue, quizá el primer sueño de democracia y el que estuvo más cerca de ser convertido en realidad. Tentados los hombres por conducir sus hilos, pudo más el “poder” de unos pocos sobre otros y pudo más la palabra, que mientras construía, destruía y convertía a hombres en fuertes y débiles de razón, en hábiles y torpes.

La educación sofista independiente del Estado, apoyada en una relación formalizada entre maestro y discípulo, establece el uso sistemático, por primera vez, del libro (papiros) que dibuja una decidida evolución hacia una sociedad de lectores².

² Se conservan algunas cerámicas decoradas con imágenes de libros y lectores, junto con el testimonio de poetas y las referencias más o menos precisas de la quema de los libros de Protágoras, alrededor de la Olimpiada 91 (412–413 a. C.). También hay un aporte de Jenofonte,

Considerados los nuevos maestros de Grecia, los sofistas según Hegel llegaron para sustituir a los antiguos maestros poetas y rapsodas, para crear una nueva cultura inconforme con la autoridad consagrada dirigida al pensamiento que orienta la vida del hombre.

Se destaca en la enseñanza sofística, el saber destinado al desenvolvimiento en la vida pública: *la retórica*. Los “maestros de elocuencia”, de la *téchne* del buen decir, encantaban y seducían a los auditores por medio del *discurso*³. Y la retórica como saber es el instrumento para la persuasión, es una práctica basada en reglas generales y conocimientos seguros venidos de estos *maestros “itinerantes”, “apátridas”*.

La retórica fue la herramienta precisa para conseguir la formación ciudadana, y lograr así la participación política en una Atenas que pensaba favorecer la preparación de sus hombres libres a fin de que pudiesen dar cumplimiento a sus deberes y derechos como ciudadanos. La Ecclesia, la gran Asamblea Pública, fue ejemplo de esto, un lugar donde **la palabra se hizo insustituible**.

Nos interesa aquí resaltar el pensamiento de dos de estos primeros ilustrados, a quienes sin duda Platón debió dar una importancia relevante para llegar a escribir los diálogos que llevan sus nombres y más aún, al considerarlos para que fuesen interlocutores de su maestro Sócrates.

Citaré como documentos principales aquellos fragmentos que se reconocen de su autoría, explicitándose cuando sea el caso las citas célebres de aquellos personajes que construye Platón, que son pues como se sabe otros sujetos, “sujetos de papel”. Y en esto hay que ser claros, pues de los sofistas “sujetos históricos” se conoce no tanto como de aquellos que como interlocutores de Sócrates, viven en los diálogos platónicos. A modo de prueba testimonial paso entonces a citar los fragmentos de Protágoras de Abdera y de Gorgias de Leontinos.

cuando relata que el bello Eutidemo había reunido una gran colección de obras de poetas y de sofistas afamados, (Recuerdos, IV, II, 1).

Por cierto, no se puede dejar al margen el dato que entrega Sócrates en el contexto de su defensa ante el tribunal que lo juzga por no creer en los dioses y corromper a los jóvenes, justo al inicio del siglo IV a. C. En la primera parte de su discurso, menciona que cualquier persona puede adquirir en Atenas un libro por la suma de un dracma, (Apología, 26 c). Para ello bastaba con dirigirse hacia la orquesta, una terraza semi circular en el mercado, a pocos pasos de la Acrópolis. Considerando que este costo no parece haber sido muy elevado, se puede suponer que ya en esa época había un activo comercio librario

³ Como señala López Pérez (2001) *“resulta llamativo el hecho de que utilizaran siempre el discurso como forma de relación intelectual. El elemento comunicacional fundamental de los sofistas fue de preferencia el discurso, esto es, el monólogo. Paradójicamente los grandes defensores de la construcción social de la realidad, recurren a una herramienta que descansa en la expresión de una propuesta terminada y presentada en términos unilaterales. El discurso tiene el sentido de lo lineal y ciertamente no favorece el intercambio”*

Los dos fragmentos de Protágoras recordados, reescritos, reinterpretados, y criticados en la historia de la retórica y la filosofía dicen:

"De los dioses no me es dado saber si existen o no existen, ni tampoco como están formados. Pues hay muchas cosas que impiden saberlo: su invisibilidad y la brevedad de la vida del hombre"

"El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son".

Laercio dijo también que Protágoras había sostenido la siguiente idea *"que en relación a cualquier argumento hay dos discursos recíprocamente opuestos"* y que se le conocía un ejercicio que consistía en la crítica y el elogio a un mismo hombre.

Y Protágoras (interlocutor en la obra de Platón), se había reconocido sofista y en todo caso, con virtud:

"hago francamente profesión de enseñar a los hombres y me declaro sofista. El mejor de todos los disimulos es, a mi parecer, no valerse de ninguno; quiero más presentarme, que ser descubierto. (...) Ningún mal me ha resultado por hacer ostentación de ser sofista, a pesar de muchos años que ejerzo esta profesión, porque a mi edad podría ser el padre de todos los que están aquí, (Protágoras, 317 b).

De Gorgias, conocemos un tanto más, se conoce un fragmento que contiene tres proposiciones:

Primera proposición: Nada existe.

Segunda proposición: Pero, si existiera algo, este algo sería incognoscible.

Tercera proposición: Aunque si el Ser fuera conocido, él sería incomunicable a otro.

En un texto del propio Gorgias, considerado por Flavio Filostrato el padre del arte de la sofística, (Vidas de Sofistas, I, 9), se sostiene que en el discurso reside un gran poder, dado que con él podemos realizar las obras más divinas por medio de la palabra, que es su elemento más pequeño:

Es capaz de disipar el temor, eliminar la pena, crear la alegría y aumentar la piedad, (VIII). El encantamiento inspirado en las palabras puede provocar el placer y evitar el dolor, pues su fuerza unida con el sentimiento del alma, mitiga, persuade y enajena por medio de la magia, (X). El poder del discurso sobre la constitución del alma puede ser comparado con el efecto de las drogas sobre el estado corporal, (XIV), (Fragmento 11).

Platón hace decir a Gorgias en su célebre diálogo, que la retórica es el mayor bien al que se puede aspirar:

Es, Sócrates, el mayor bien, en verdad, y causa al mismo tiempo de la libertad para los hombres y causa también del dominio que se puede ejercer sobre los demás hombres en cada ciudad en particular, (Gorgias, 452, d).

Como puede observarse los fragmentos citados de los sofistas vienen al caso no sólo para la comprensión de su postura filosófica, sino que específicamente plantean una postura con respecto a la “verdad”;; en éstos se acepta **una verdad relativa, construida con palabras**. Y son precisamente estos fragmentos los que avalan la crítica que realizará Platón en sus diálogos, pues ante estos pensamientos, el maestro de la filosofía clásica, construye su ruptura epistemológica.

Veamos ahora cual es el lugar que ocupa la retórica en las ideas filosóficas de Platón. En primer termino debemos saber que Platón no niega un lugar a la retórica y en segundo, que el filósofo dice que existen dos clases de retórica: una retórica que es adulación y vergonzosa oratoria demagógica, y una retórica hermosa, porque su objetivo es que las almas de los ciudadanos lleguen a ser mejores que cualquiera, esforzándose por decir siempre lo excelente, sea agradable o desagradable para los que escuchan. (Gorgias, 503, a).

La condición esencial de la buena retórica en Platón queda expuesta por Sócrates en Fedro 259 e, cuando dice que *“es preciso que un orador conozca la verdad respecto de aquello sobre lo que se dispone a hablar”*. Esta retórica platónica, impregnada de ética, respetuosa con la verdad, debía apoyarse sobre tres pilares fundamentales:

En primer lugar, debería transmitir conocimiento verdadero, es decir, el orador debería saber la verdad sobre el tema del que hable o escriba (Fedro 277B). Es importante no olvidar, a este respecto, que, al igual que más tarde para Aristóteles, el orador más capacitado para descubrir la verdad es asimismo el más apto para encontrar lo verosímil (Fedro 273d).

En segundo término, debería conocer el alma de quien le escucha y el tipo de discurso que más le conviene a su especie de alma o de carácter (Fedro 277b). Asimismo le vendría bien conocer la técnica de los silencios, de las intervenciones oportunas y de las especies de discursos mejor adaptadas y más recomendables para cada caso (Fedro 272a). Sólo así existiría una verdadera “arte retórica” (Fedro 272b).

Por último, para que un discurso ejerza su efecto persuasivo –opina el «divino filósofo»– tiene que estar bien organizado, de manera semejante a como lo está un ser vivo, orgánico, y no descabezado o sin pies, sino debidamente provisto de cabeza, tronco y extremidades, y con todas sus partes bien proporcionadas y relacionadas entre sí y con relación al conjunto en el que se integran perfectamente (Fedro 264c).

Esto fue en efecto lo que hizo Aristóteles.

Los que me adversan en este ciclo de controversias, podrán intentar demostrar lo contrario, pero el Estagirita, tampoco prefirió puntos de vista subjetivos, de creencias o deseos, no apostó por la utilidad o productividad de una teoría, del espíritu del tiempo o de la sangre y raza. Aristóteles, el mismo que ha dicho que “la verdad consiste en decir

del ser que es y del no ser que no es” y en otro fragmento asegura que la verdad está sembrada más allá de nuestras propias creencias al decir: “No eres tu blanco porque nosotros creemos que lo eres, sino porque lo eres decimos la verdad al enunciarlo”, llevó a cabo el proyecto de la buena retórica platónica.

Argumentatio:

Presentaré a continuación una serie de argumentos dirigidos a restablecer las ideas sobre la buena retórica sostenidas por Platón, para hacer valer la crítica de Platón a los sofistas y presentar el argumento principal de esta controversia que es que el proyecto de retórica aristotélica se comprende en gran parte a partir de la consideración de que el estagirita es en efecto un “platónico empírico”.

Aristóteles se sabe, fue el más brillante discípulo del gran filósofo Platón. Se afirma que es un platónico empírico y que de esta perspectiva es que es comprensible su retórica. Siguiendo a López Eire (2001), esta retórica que hubiera complacido a su maestro, es aceptada empíricamente y además la pone al nivel de los universales, de las ideas que se abstraen de las experiencias y finalmente, la moraliza.

La *Retórica* de Aristóteles no es pues sino el esfuerzo de seguir las directrices de Platón sobre lo que debería ser una retórica ideal, y, al mismo tiempo, no echó en olvido la retórica real tal y como se concebía y practicaba en su tiempo, pues además de ser platónico por su escuela, era empírico.

Una de las razones es que concibe la retórica como un “arte”, una *tékhnē*, es decir, un tratado teórico-práctico sobre un objeto concreto: palabra persuasiva, el discurso retórico. Con un sentido empírico, se investiga, sobre cualquier tema y primero se acopian los datos, “los hechos evidentes” (*phainómena*), como los llamaba Aristóteles, seguidamente se teoriza sobre ellos, y, por último se extrae de esa teoría conclusiones prácticas. No hay más que formular una teoría basada en los hechos y luego subrayar los puntos teóricos relevantes que permitan una inmediata aplicación práctica de ella.

Así, en primer lugar, Aristóteles es platónico al afirmar, coincidiendo con su maestro, que lo único conocible, si queremos hacer ciencia, es la “forma”, la “idea”, el “universal” (López Eire, 2001). En segundo lugar, Aristóteles es platónico al aceptar la teleología tan bien expuesta por su maestro en ese precioso diálogo que es el *Timeo*, en el que se exponen muchos ejemplos tendentes a demostrar la existencia de un designio o proyecto racional al que tienden con exacta regularidad las criaturas vivas del mundo animal, las cuales poseen unas partes tan bien adaptadas entre sí y con relación al todo que configuran, que sin duda alguna hay que concluir que tan excelente, regular, proporcionada y armónica disposición se debe a la necesidad impuesta a ellos y como grabada a fuego en su esencia de cumplir una «causa final» mediante una tendencia a la perfección o «causa final», inexcusable, escrita, indeleblemente en el universo.

Por tanto, puede verse que el discípulo de Platón no rechaza la “Teoría de las Formas” del maestro. Lo que hizo, más bien, el gran filósofo fue colocar las “formas”, las “ideas”,

los “universales” de su maestro como se afirma, sobre la faz de la tierra. Es decir, aplicó la platónica doctrina de su maestro a los inmediatos datos empíricos de sus estudios.

Con la filosofía de Aristóteles, las “Ideas platónicas” abandonaron su lugar celeste y comenzaron a habitar entre nosotros. Forjó así una filosofía platónico-empírica en todos sus campos, todo lo filosofó con un sólido pensamiento platónico-empírico.

Si se piensa –con López Eire (2001)- que hizo lo mismo metodológicamente con la retórica, podemos reconocer que aceptó empíricamente la existencia del discurso retórico con todos sus defectos, desaciertos y desatinos y, lo dignificó platónicamente alumbrándolo con la filosofía de su maestro. Le confiere status de “arte”, de disciplina capaz de ejercer un control epistemológico sobre sus hechuras, o sea, los discursos retóricos. Y además, al hacerla controlable por el criterio de verosimilitud, próximo al de la verdad, la domó, la sujetó a cánones y normas precisas y de este modo la hizo moral. O sea, aunque parezca mentira, la platonizó.

Por otra parte, para Platón (Fedro), la persuasión consta de tres aspectos: uno, el de la persuasión de una tesis verdadera a través de un argumento, que es cosa de la dialéctica; dos, el aspecto psicológico-ético-político que surge inevitablemente del encuentro del hablante con su auditorio. Y tres: la organización del discurso retórico, que es un factor importante para que cumpla su esperado efecto.

El orador platónico ideal del Fedro debe saber la verdad de lo que dice o escribe y luego ha de conocer el alma de su oyente, con el que entabla una relación, de alma a alma, de carácter a carácter, de filósofo-rey a súbdito ciudadano, o sea, una relación psicológico-ético- política, y, finalmente, debe cuidar de la organización y la organicidad de su discurso.

Tres componentes, pues, contempla el divino filósofo en su ideal retórica: el dialéctico para argumentar con la verdad; el psicológico-ético-político, para controlar la acción persuasiva que se lleva a cabo desde el alma del orador al alma del oyente; y, por último, el componente estilístico, estético-organizativo, del discurso que lo hará orgánico, y por ello bien formado y perfectamente organizado.

Pues bien, estos tres componentes que a guisa de condiciones indispensables el «divino filósofo» impone a la retórica son asimismo los tres jalones que se vislumbran a modo de metas que alcanzar en la retórica aristotélica, como si su autor, escrupulosamente respetuoso con su maestro, se los hubiese propuesto como objetivos de ese tratado sistemático y filosófico sobre el poder persuasivo de la palabra o, si se prefiere, del lenguaje.

En Relación a Platón y los Sofistas, una serie de argumentos distinguen las ideas sobre la retórica:

En primer lugar se ha querido ver con respecto a la postura defendida por los sofistas, que conocer ese límite que tanto preocupaba a Platón (entre lo verdadero y lo falso), es lo mismo que estar en posesión de la verdad. Y si ya hay un camino decidido, una respuesta a un asunto, no hay posibilidad, no hay discusión, no hay lugar a la persuasión.

Luego, si la única verdad manejada por Sócrates fue “saber que no sabía nada”, ¿cómo se pretende obviar, que esa herramienta fundamental que es el diálogo, garantiza un lugar a los adversarios y un descubrir en el proceso de disertación sobre las ideas y experiencias dónde y en qué lugar se encuentra lo más cercano a ésta?. Se ha visto que es impositivo, que aparece una verdad impositiva que no permite replica. Pero es que ¿acaso, estos maestros de la palabra no podían haber convencido con la misma idea a Sócrates de lo contrario. Por ejemplo, de que lo sabía todo?.

¿Cómo pueden convencernos de que la verdad puede ofertarse en un conjunto de posibilidades? .Hasta el menos socrático de los hombres, podrá en algún momento preferir que la verdad es una cosa distinta al resto de las cosas.

A favor de los sofistas y en contra de Platón se dice que éstos quiebran el pensamiento lineal: que en todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí, que de cada tema pueden siempre hacerse varias proposiciones, aún en perfecta antítesis. Pero para esto, habrá que considerar que dentro de todas éstas también está la verdad. Se trata de un planteamiento sobre la imposibilidad de disponer de un criterio único de verdad.

Pero ... ¿quien ha dicho que Platón haya afirmado que de la verdad se puede disponer criterio alguno?. La verdad es una Idea, una de las tres especies, diferentes, distintas. Y Platón ha explicado incluso a través de un mito precioso cómo puede alcanzar el hombre de nuevo esta especie de luz, que le hace ver las cosas como realmente son. Así mismo lo habrá de hacer la religión a través de la “piedad” cristiana, así mismo lo hará la razón a través del “conocimiento claro y distinto” de la ilustración. Además, hay quien olvida, que es a través del mundo sensible que el hombre tiene acceso a la idea. Y esto es fundamental, porque el mundo sensible aunque no es visto como realidad para Platón, cumple un papel fundamental en su sistema.

Que no se puede fijar la realidad en el hombre tal como dice Gorgias, es defendible en el pensamiento de Platón, pues la verdad no está en ninguno de los hombres. Lo que si habrá dejado suficientes dudas es aquella afirmación que dice que el “que engaña es mas justo que el que no lo hace”, y que el “engañado mas sabio que el no engañado”.

Siendo que la fuerza de los discursos para aquellos hombres “artistas de lo falso”, está en la persuasión, y en el convencimiento más que en la enseñanza de contenidos, actuando según lo que es pertinente para sus fines en el momento oportuno, éstos no serán pues sino representantes de una cultura que no busca la verdad, sino que se orienta en función del simple beneficio personal. Son para Platón dudosos maestros que habitan en el mundo de la apariencia, constructores de **falso saber**.

Si la verdad debía ser equivalente para todos en un inicio, y luego es convertida en apetito personal, los sofistas no hacían otra cosa que relativizar todo conocimiento; lejos quedaba así la verdad idéntica y permanente para los hombres. De esto tenemos la prueba cuando el joven Fedro comenta a Sócrates, en el diálogo del mismo nombre, que ha oído decir que no es necesario al futuro orador conocer **lo que es justo, sino lo que parece justo a la multitud**. De idéntico modo como tampoco se requiere saber lo que es realmente útil o bueno, **sino lo que aparecerá como tal**, pues en último término la persuasión reside en la **verosimilitud y no en la verdad**, (Fedro, 260, a).

Pero aun podemos decir que debajo de todo está el andamiaje de la moral, una idea de educación de hacer realmente más justos a los hombres, como pensaba Platón, hacerlos virtuosos, pero no de la mentira, no de una verdad a medias:

¿por qué enseñar medios para alcanzar un fin, sin respetar ningún criterio de verdad y sin reparar en las exigencias de la moral? ¿la palabra es superior a la verdad?, ¿no ha sido la palabra la que ha ejemplificado con sus hazañas al más injusto de los injustos? Si no perseguimos objetividad, señores, entonces optemos por las diferentes proposiciones, y aun en perfecta antítesis, pero esta renuncia ¿cuánto nos costará?, sin duda, la libertad del pensamiento, la Libertad.

Si el hombre es la medida de las cosas.... como Protágoras quiere, ¿Qué es más frágil en el hombre sino sus ideas, que hoy son una cosa y mañana otra? ¿qué bien, qué justicia querrá hoy, querrá mañana?, una verdad por placer, una verdad por dolor, un bien por el querer....

El Bien que ha querido Platón que hombre ganase, no está en él, debe encontrarlo, debe llegar a la idea de Bien porque de ella se dispensa la verdad y la inteligencia, que debe conocer quien pretende actuar con sabiduría, tanto en la vida privada como pública.

Este Bien válido para todos los hombres, no existe para los sofistas, no hay una verdad que pueda servir a todos los hombres, solo sirve a unos pocos si olvidan que hacer verdadero a lo falso resultara puede ser un hecho repudiable.

¿Cuántos de nosotros pretendemos vivir sin engaños?, ¿cuántos hablamos de moral?, ¿cuántos queremos coincidir en algo, en eso que está más allá de nuestros fuertes deseos?, ¿De qué Justicia, de qué templanza hablan estos hombres?, ¿de la que construyen de acuerdo a sus apetencias?

A favor de Giorgias se dice: que es precisamente la posibilidad de la comunicación entre los hombres lo que él quiere salvar; para este propósito nos quiere convencer que el acto de la comunicación no sería posible si trabajáramos con la hipótesis de una coincidencia completa del conocimiento con su objeto concebido como existente en si y absolutamente "fuera" de nosotros.

Pero, cómo salvar esta comunicación a través del monólogo. Paradójicamente, los grandes defensores de la construcción social de la realidad, utilizan una herramienta que descansa en la expresión de una propuesta terminada y presentada en términos unilaterales. El discurso tiene un sentido lineal y ciertamente no favorece el intercambio. Es la manifestación de un pensamiento que se dirige a una audiencia silenciosa.

El diálogo es una experiencia completamente diferente. El gran recurso filosófico planteado y desarrollado por Platón, tiene todas las características que lo hacen adecuado al despliegue de la persuasión. El diálogo sólo ocurre si existe algún interés compartido en torno al cual ronda la duda, la confusión o alguna iniciativa de perfección. Debe darse también una disposición hacia el otro, en el sentido de querer escuchar y querer ser escuchado. El que participa en una experiencia dialógica, la constituye en la medida en que aspira a que sus opiniones individuales puedan valer para los otros participantes del mismo proceso dialógico. Construir algo en el diálogo, porque un proceso dialógico se da en efecto cuando se está dispuesto a traspasar la validez de las propias visiones, y obtener sobre ellas un consenso mínimo, parcial o completo.

El diálogo, en consecuencia, es por definición un proceso persuasivo. No existe en él nada que se parezca a la imposición o la amenaza. Por el contrario, el diálogo evoluciona en la medida en que los interlocutores ceden a los argumentos, acogen determinadas propuestas o reconocen algún tipo de contradicción que los lleva a variar su posición.

Puestas las cosas de esta manera sobre la mesa de discusión, la relevancia de la persuasión es un hecho evidente y por tanto el diálogo platónico participa del proyecto de la persuasión, sólo que mantiene una concepción diferente sobre el objeto de persuasión, la verdad.

La persuasión forma parte de estos procesos de construcción de sentido, de un modo en que la libertad no queda arrasada. La persuasión es la expresión de una libertad pero, expresiones como manipular, inducir maliciosamente, adoctrinar, y otras similares, introducen adicionalmente una dimensión moral que pretende tener significado sin mediar el contexto; y que no aclara nada sobre el modo como se produce el fenómeno de la persuasión. Esta es sin duda la mala retórica.

Esta fue la otra cara de la moneda que Platón criticó duramente en palabras de Alvaro Vallejo (2001) “ *porque sabía que el equilibrio entre la razón y las pasiones, entre la justicia y los intereses contrapuestos que arrastran a la opinión pública en un régimen democrático es siempre precario y está amenazado por la capacidad que tiene la retórica de liberar fuerzas irracionales y tremendamente destructivas*”.

Que Platón juzgue con desprecio la parte irracional del hombre, las pasiones, no puede ser visto, si somos hombres de nuestro hoy epistémico como un acto pecaminoso, sólo quien asista al orden parcial de las cosas podrá pensar que algo es menos que otro, confundiendo el objeto de su espíritu crítico que es el discernir, el de apresar las diferencias por el de la simple elección.

Platón considera que esta parte irracional de pasiones, puede ser manejada por la persuasión, que es seducida con el placer y el dolor, y no ayuda a la vida en comunidad, no ayuda a la construcción del sujeto social. Para estas pasiones solo habrá “incredulidad y olvido” como diría en el Gorgias. Esta parte del alma hace a los hombres insensatos, como esos hombres en los cuales vio Platón la democracia en juego a través de las palabras, buscando la conveniencia de las bajas pasiones y mientras que con su retórica se avalaban por lo hecho.

Su condena a la retórica es como dice Vallejo (2001) “*la crítica de una política que Platón juzga no desde el punto de vista realista de los logros conseguidos sino desde la óptica del carácter moral de los ciudadanos que se forjaron en ese régimen y del tipo de vida que éste les deparó. Él no tiene ninguna duda de que aquellos políticos consiguieron altas cotas de poder para el estado y que fueron grandes servidores de la ciudad a la hora de proporcionarle lo que ella ansiaba (517b4-5, 518e). Pero no se dieron cuenta de que, al lograr las metas que se habían alcanzado, hicieron que la comunidad se convirtiera en una ciudad "hinchada y corrompida"*

Platón como estadista se proponía idear una cura a este pueblo enfermo de mentira “modificando sus pasiones y no confiándose a ellas” y “en persuadir y obligar a los ciudadanos a dirigirse por el camino que les permita hacerse mejores” (517b5-7). Y es que muchos de nosotros coincidiremos en que la existencia no puede ser sólo la satisfacción de los deseos que al final nunca hemos a término saciados, pues cuando alguno se colma de inmediato, otro, como **metáfora de lo mismo** surge y nos arrebató.

Y es que Platón toma la vía de otra noción de discurso. Para el filósofo hay una diferencia entre el discurso de la filosofía y el discurso de la retórica. Si ambos son argumentativos pues se deben precisamente a la Polis de donde surgen, en ambos es distinto el lugar y el peso de la reflexión. Si en uno se atiende la construcción del discurso que tiene por finalidad el oyente (hablar a), con otro, el de la filosofía se articula un discurso que si bien nace del diálogo se independiza de él y acaba centrándose en *la función representativa* en la que el lógos está al servicio del esclarecimiento de la realidad.

Hallar la verdad supone, renunciar a la visión tradicional del mundo que epistemológicamente se apoya en tres pilares: la costumbre, nacida de la experiencia, los sentidos y un lenguaje contaminado por las falsas convenciones establecidas por los hombres. Hallar la verdad supone renunciar al resultado de estos tres factores que es el mundo de la dóxa o “las opiniones de los mortales” como él las llama, porque confunden el ser y el no-ser.

¿No está de acuerdo pues Aristóteles con esto cuando nos dice que del ser se dice que es y del no ser se dice que no es.?

Hay pues una oposición entre la visión filosófica y la visión del sentido común que se cristaliza en la antítesis entre verdad y opinión como dos caminos irreconciliables. Frente la verdad del discurso filosófico y la auténtica persuasión que se hace en él posible, le corresponde a la opinión, únicamente lo que él llama "el orden engañoso de las palabras".

Gorgias lo que hizo fue entonces proclamar la autonomía del logos respecto al ser y la independencia de la retórica respecto al conocimiento del objeto sobre el que ha de persuadir, puesto que lo único que el hombre puede alcanzar es opinión y no saber. ¿estaríamos realmente de acuerdo con esto? Esta retórica es una retórica ilusionista que propone objetos a la voluntad del interlocutor.

Sobre lo irracional, el Gorgias de Platón se corresponde a Georgias de Leontinos. Ha reconocido dos clases de persuasión: una produce la creencia sin el saber, mientras que otra se basa en la ciencia (episteme). La retórica es artífice de una persuasión fundada en creencias que pueden ser verdaderas o falsas pero no en un saber riguroso basado en el conocimiento del objeto al que se refiere el discurso. Gorgias le muestra a Sócrates que el poder de la retórica reside precisamente en que se trata de una persuasión que opera independientemente del saber referente al objeto del discurso y reúne en sí misma el poder de todas las demás artes porque, al no depender de conocimientos técnicos específicos, "no hay objeto sobre el cual el orador no pueda ser más convincente ante el pueblo que cualquiera de los demás expertos" (456c; cfr.459b-c).

Vista así, la retórica no apela a la razón del interlocutor para transmitirle un saber sobre las cosas humanas que es imposible de alcanzar. Esta persuasión de los sofistas tiene un carácter irracional.

Platón ha acusado a Gorgias de esto, pero Gorgias mismo ha reconocido tal carácter. En su Elogio a Helena que exculpa a esta mujer, y lo hace precisamente reflexionando sobre el carácter irracional de la persuasión.

" el discurso puede persuadir porque los hombres se ven obligados a confiarse a la opinión que es, dice él, "resbaladiza e inestable" "Cuántos a cuántos y sobre cuántas cosas persuadieron y persuaden forjando un discurso falso, pues, si todos tuvieran el recuerdo de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la previsión del futuro, el discurso no sería semejante a como es". El discurso persuade debido a la incapacidad epistémica de los oyentes y entonces, la persuasión se convierte necesariamente en un engaño que Gorgias pretende lograr movilizandando las emociones del alma con las virtualidades expresivas del lenguaje.

Es de su carácter irracional, en el que basa Platón agudeza de su crítica, ¿quien cambiará el encantamiento por la verdad?, ¿después de la emoción, que nos queda? ¿qué pasa cuando descubrimos que se trata de un engaño de palabras? ¿no es acaso esta una violencia más violenta que aquella que se ha querido ver así, es decir, buscar un lugar distinto del lugar de las pasiones para la verdad?.

No es tanto o mas irracional que además de tratar falsedades, se posea un instrumento para hacerlo. ¿Cómo puede pensarse que un orador tal, pueda dejar la irracionalidad cuando se somete a una tecné?.

La crítica de Platón está dirigida contra este ideal retórico de un discurso que permanezca siempre en el horizonte de las verosimilitudes y las probabilidades sacrificándolo todo en aras de la palabra más convincente. Platón sabe el orador "ha de

perseguir en todo momento lo verosímil (tò eikós) y mandar a paseo a la verdad todas las veces que haga falta" y a esta concepción del discurso Platón opone un ideal de veracidad para el que resulta accesoria la verosimilitud persuasiva de los discursos destinados a ganar votos y sumar voluntades a cualquier precio. Sócrates sólo estará interesado en el acuerdo con su interlocutor cuando éste tiene los tres requisitos fundamentales, a los que Sócrates se refiere específicamente es decir, ciencia, benevolencia y libertad para hablar el acuerdo se convierte en "la consumación de la verdad" (487e7). Se comprende, así, que **ideal filosófico de la palabra no tiene su finalidad última en el oyente sino en el objeto sobre el que versa el discurso.**

Y esta es una diferencia significativa. La crítica platónica de la retórica desde el punto de vista moral se impone por sí misma, porque ella persuade sobre lo justo y lo injusto de manera que quien se despreocupa de la verdad en este terreno y atiende sólo a los pareceres de la multitud, a juicio de Platón, contrae una grave responsabilidad. "El orador que desconoce el bien y el mal", dice Platón en el Fedro (260c), y que "por haber estudiado las opiniones de la multitud la persuade a hacer el mal en lugar del bien ¿qué clase de fruto crees que puede recoger después de lo que había sembrado con su retórica?".

A esta forma irracional de persuasión Platón opone una concepción racional del discurso como *diálogo* que es diametralmente opuesta a la teoría retórica. Ésta utiliza "los grandes y hermosos discursos" (Prot.329b2) que dejan al oyente "hechizado" (Prot.315a-b, 328d), pero Sócrates prefiere el diálogo concebido dialécticamente, que está basado en breves preguntas y respuestas. En el Teeteto dice (cfr.150b-d) que algunos le reprochan con justicia que nunca da ninguna respuesta por su falta sabiduría y lo justifica diciendo que el dios le obliga "a asistir a otros y a él le impide engendrar". Efectivamente, el método dialéctico de las preguntas y respuestas está orientado a que sea el interlocutor el que dé a luz la verdad y, por tanto, está al servicio de la mayéutica socrática para garantizar el **carácter racional del diálogo.**

Finalmente hay que señalar que todo el argumento platónico se basa en el ideal socrático-platónico de persuasión que implica entonces dos aspectos:

1.- Tener un conocimiento científico del sujeto o más específicamente del alma sobre el que van a actuar los discursos. Ello exige una clarificación de su naturaleza y de sus elementos constituyentes, de sus pasiones y de los agentes que pueden suscitarlas, así como de los géneros de almas y las clases correspondientes de discursos por los que resultarán persuadidas (cfr.Fedro271a-e). Pero Platón no encontró este estudio científico del páthos en ningún tratado de retórica y, por consiguiente, no está dispuesto a concederle el título de téchné que ella quiere otorgarse.

2.- En segundo lugar, para que sea arte, la retórica debe añadir a este primer requisito un conocimiento riguroso del objeto sobre el que versa el discurso. Sócrates sabe, como hemos visto, que para la teoría retórica no es necesaria la verdad sino la verosimilitud (273a-d). Pero, en su opinión, para conocer técnica y rigurosamente lo que se parece a la verdad, hay que conocer la verdad misma, mientras que la retórica desprecia todo saber que no esté orientado a una utilidad práctica inmediata.

Sócrates en el Protágoras dirá: "*¿No adviertes, Hipócrates, que el sofista es un mercader de todas las cosas de que se alimenta el alma?*", (312 a). y en El Sofista, les tildará de "*mercaderes en asuntos referentes al alma, fabricantes y vendedores al detalle de*

conocimientos, atletas que compiten con la palabra y se muestran hábiles en el arte de la disputa” (231 d).

Conclusión:

:

Si el centro de la filosofía de Platón lo constituye su teoría de las ideas y es una filosofía altamente sistémica, su teoría del conocimiento, su ética, su metafísica, su política siempre deben ser abordadas a partir de esta idea. Hay un fundamento epistemológico aquí, epistemológico y ontológico de su concepción ética y política, de forma que su pensamiento no puede ser abordado desde la mera doxa. Platón no exige juicios de opinión vagamente sustentados para su filosofía, un diálogo platónico no exige una definición de un tema, quién quiera saber qué es la belleza en Platón sólo hallará cómo convertir la belleza en objeto de reflexión; pensar sobre la belleza como problema filosófico implica encontrarla en la acción misma del pensamiento.

Resulta aún incomprensible al hombre común, comprender que se trata de una metafísica, de una ontología, que las ideas no son meros conceptos existentes en la mente del individuo, sino que son realidades que existen en sí mismas, independientes de las cosas o hechos particulares, pero no a al intelectual que sabe el sentido de estas premisas en el discurso filosófico, éste podría fácilmente comprender que las ideas sean la esencia de las cosas, su verdadera causa y fin, y que sean eternas e inmutables, es decir que permanecen siempre idénticas a sí mismas; que ostenten simplicidad y unidad y que al ser entidades reales, sean perfectas, puras, inmateriales. Que en el conjunto de las ideas, un sistema organizado, jerarquizado, la idea de Bien esté por encima de todas. Pero a ambos la siguiente pregunta: ¿no son estos los rasgos de la libertad anhelada por el hombre común y de la libertad pensada por el hombre de saber?

Para quien haya pensado que sólo en platón existen las ideas, le recuerdo que ha sido cautivo de un olvido terrible, Platón reconoce el mundo sensible, reconoce las cosas que existen en el espacio y en el tiempo, que están sujetas al surgimiento, al movimiento, y a la destrucción. El mundo sensible se caracteriza por la multiplicidad y la materialidad; un mundo físico de las cosas, percibido por los sentidos.

Ahora si lo que se reprocha en Platón es la teoría especular de que el mundo sensible sea una imagen, un espejo del mundo de las distintas ideas que constituyen la esencia y el ser de las cosas que lo forman, **que diga alguien, que dice estar de acuerdo con la “verdad relativa” si no es ésta una posibilidad entre otras.**

Se le critica a Platón que sean los filósofos los que puedan estar mas cerca de la esencia de las cosas, se le reprocha a platón su sentido simbólico para señalar que las

ideas no proceden y se agotan en el mundo de las cosas. Pero no se ve que Platón al exponer su teoría de las ideas estaba interesado en el ámbito de la ética social. Su teoría no apuntaba sino a explicar el modo en que el mismo concepto de universalidad de lo esencial, puede ser aplicado a acontecimientos particulares de la vida política. La idea de justicia, por ejemplo, resulta aplicable a muchas acciones concretas muy distintas entre sí pero que como un factor común participan de la idea de justicia. La participación es un concepto que Platón utiliza, para resaltar que el mundo sensible participa del mundo de las ideas; dado que el ser de cada cosa reside en la idea de esa cosa, al referirnos al mundo sensible se hace constante uso del mundo de lo inteligible, que de tal modo participa en el mundo de lo sensible. Por lo tanto, para Platón cada cosa en el mundo del espacio y el tiempo es lo que es, en virtud de su parecido con la idea universal que le corresponde. La habilidad que alcanza el hombre para captar el concepto universal, es la prueba de que se ha conseguido captar la idea a que ese universal hace referencia. También se criticará que Platón haya considerado el alma como principio de conocimiento, eterna inmortal, unida al cuerpo accidentalmente y que haya conocido estas realidades de las ideas antes de nuestro nacimiento, ¿un rencor teórico evolucionista?

Si el cuerpo es cambiante, el alma es eterna.....ustedes aristotélicos y rezan por el dios de los católicos, ustedes sofistas y buscan una comisión de la verdad, piensan que el alma no morirá a pesar del cuerpo, encienden velas a los tibios difuntos, dicen al aire para los escuchen:

¡Son más platónicos que Platón!

Quieren algunos alejarse de los placeres, preparar el alma, hacer arte imperecedero, recordar. Quieren ser más buenos de lo que son, más justos de lo que son, mas virtuosos ante los ojos de los otros.

¡Son más platónicos que Platón!

Han creído algunos que las almas proceden de otras que ya han muerto, se hacen regresiones para saber si antes de esta vida que viven hubo otra cosa, piensan que luego vendrán nuevas almas en las que reencarnen las suyas

¡Son más platónicos que Platón!

¡ Que me diga alguno de ustedes si es cristiano, si el hijo de Dios resucitó entre los muertos....!

REFERENCIAS:

PARA EL CASO DE LA CONSTRUCCIÓN DE ARGUMENTOS EN ESTE EJERCICIO, SE HAN UTILIZADO LAS IDEAS DE:

VALLEJO ALVARO (2001) “Razón, Seducción y engaño en la retórica antigua: la crítica platónica. En ANTIQUA VIII 26-28 noviembre. (De la Universidad de Granada)

VINTRÓ EULALIA (2001) El movimiento sofístico. El origen de la retórica. En ANTIQUA VIII 26-28 noviembre. (De la Universidad de Barcelona)

LÓPEZ EIRE, ANTONIO. (2001) “La retórica de Aristóteles” en: ANTIQUA VIII 26-28 noviembre. (De la Universidad de Salamanca)

Estos artículos pueden ser consultados en la dirección:
<http://www.lasarte-oria.org/Cultura/km/castellana/antiqua/index.html>

POLANCO, MORIS. (2000) “La noción sofista de justicia y las teorías contractualistas de la sociedad”.

En: <http://www.economia.ufm.edu.gt/mpolanco/platonbio.htm>

LÓPEZ PÉREZ (1996) Sofistas. Los Primeros Educadores Innovadores de Occidente En EXCERPTA N°.3,

En: http://www.galeon.hispavista.com/filoesp/Akademos/contexts/rlp_pers.htm

PAGLIALUNGA ESTHER LYDIA, Retorica aristotelica y semiótica. Convergencias. Universidad de Los Andes. Venezuela. En. Venezuela red de Arte (VEREDA)

PLATON –OBRAS COMPLETAS (1980). TRADUCCION DAVID GARCIA BACCA. CARACAS: COEDICION PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA Y FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION Y DIRECCION DE BIBLIOTECAS Y PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA.

ARISTOTELES. ARTE POETICA-ARTE RETORICA. (1999) ARGENTINA: EDITORIAL PORRÚA. (715)